

## 4 DE NOVIEMBRE.

Salida de Lyon.—Viena.—Tumba de Pilatos.—Tournon.—Valencia.—Viviers.—Puente del Espíritu Santo.—Hermanos pontífices.—Moranas y el barón des Adrets.—Avignon.—Aventura en la tarde.

El paso de los viajeros que llegaban, el pataleo de los caballos que embarcaban, el ruido de los toneles y fardos que hacían rodar sobre el puente, dieron justo fin á nuestro deseo de dormir. Desde la aurora habíamos saludado á la Reina de Fourvières y echado una rápida mirada sobre los hermosos muelles de la segunda ciudad del reino; el tiempo no nos permitió más, pero nos prometimos indemnizarnos á la vuelta.

Bien pronto el buque fué invadido, y nos vimos rodeados, oprimidos, codeados por una masa compacta de transeuntes que iban, venían, charlaban y se buscaban en todo aquel baturrillo, sin poder encontrarse ni oírse. Se levaron anclas, y reinó el silencio; la inquietud había atado todas las lenguas. Desde los muelles, el pueblo no cesaba de gritar: «no pasareis, el agua está muy alta; vais á estrellaros.» La siniestra predicción no se verificó: gracias á una hábil maniobra, salvamos felizmente el puente de la Guillotiére, y la rápida corriente del río, uniéndose á la potencia de nuestra máquina, que funcionaba con toda la fuerza de su vapor, nos llevó con tal rapidez, que ántes de ocho horas teníamos á la vista á Vienne.

Una espesa humareda de carbon de piedra se extendía en pesadas nubes sobre la antigua ciudad delfinesa, y le daba la figura de una enlutada matrona. La Catedral con sus dos elevadas torres, se dibujaba apenas en este negro paisaje, y las anchas proporciones del gótico monumento, pa-

recian confundirse con la dentellada cadena de montañas parduzcas que la dominan. Para encontrar en aquel día algo de interesante en la ciudad céltica, es preciso preguntar lo á su historia. ¡Qué conjunto de recuerdos gloriosos!

En los sangrientos fastos de la Iglesia, brillan cuatro diáconos, con un esplendor incomparable. Estéban, en Jerusalem; Lorenzo, en Roma; Vicente, en España; Sanctus, en las Gaulas. ¡Filántropos, inclinaos ante sus nombres! De estos hombres y otros semejantes, teneis todo lo que teneis, todo lo que sois, vuestras luces, vuestras instituciones, vuestras costumbres, vuestras libertades; son otros tantos frutos del árbol cristiano, cuyas raíces fecundaron con su sangre. Nativo de Viena, compañero en el suplicio de Pothin, de Blandina, Sanctus desesperó á sus jueces, cansó á sus verdugos é infundió un indefinible respeto á los millares de paganos congregados en el anfiteatro de Lyon para alimentarse con el espectáculo de sus tormentos. ¡Qué diré de la carta en que las iglesias de Viena y de Lyon refieren á sus hermanos de Oriente los combates del héroe? Amantes de la antigüedad, ¿quereis conocer un monumento inimitable de aquella sencillez sublime que os encanta en Herodoto ó en Homero? Leed esta carta; comienza así: «Los servidores de Jesucristo, que viven en Viena y en Lyon, ciudades de la Gaula céltica, á sus hermanos de Asia y de Frigia que tienen la misma fé y que esperan en el mismo Redentor, paz, gracia y gloria por la misericordia de Dios Padre y la mediación de Jesucristo Nuestro Señor.»<sup>1</sup>

A los apóstoles de las luces, Viena protesta también reconocimiento. Allí en el mes de Abril del año de 1311, se reunía el 15º concilio general. Diez y ocho veces

<sup>1</sup> Euseb. Chronic.—Joseph, lib. XVIII.

ha tenido la Iglesia esas grandes reuniones en donde se discutieron los intereses más grandes de la humanidad, y diez y ocho veces la esposa del Dios de las luces dió aliento solemnemente á los progresos de la razón, ya rechazando sus extravíos, ya fijando reglas seguras para su desarrollo. En Viena veo al papa Clemente V, rodeado del sacro colegio y de trescientos obispos. Sobre un trono ménos elevado que el del Pontífice, está sentado Felipe el Hermoso, acompañado de su corte; asiste, no como juez de la fé, sino como un obispo foráneo, para apoyar con su autoridad los decretos del concilio: es Constantino en Nicea, ó Marciano en Calcedonia. ¿Qué va á decidir la Iglesia católica reunida en plena Edad Média? Entre otras cosas, decide, ordena la creación de cátedras gratuitas de hebreo, de árabe y de caldeo en las universidades de Roma, de Paris, de Oxford, de Bolonia y de Salamanca.

No léjos de Viena se saluda la tumba de Pilatos, especie de monumento piramidal que, según tradición, señala el lugar en donde el juez inciuo, perseguido por los remordimientos, se precipitó en el Ródano. <sup>1</sup>

Bien pronto las riberas del río se reducen y se elevan en abiertas rocas ó en desnudas colinas, y se hacen más y más severas. Para nosotros, contrastaban desagradablemente con los encantados bordes del Loire. Por otra parte, si montañas volcánicas, desnudas y desgarradas continuaban formando á la derecha un monótono dique á las invasiones de las aguas, al frente de Serrieres, las llanuras del Delfinado comienzan á abrirse y hacen gozar apaciblemente á la cansada vista.

A las diez y media se descubrió en lontananza una gran masa que parecía ele-

<sup>1</sup> Euseb. Crónica.—Joseph, lib. XVIII.

vase á la mitad del Ródano. Era el célebre castillo de Tournon, edificado sobre una roca, cuya base se hunde en el río. Las descoronadas torrecillas de la antigua mansion, y sobre todo su presente aspecto, dan testimonio del triste paso de las revoluciones humanas: la noble morada de los antiguos caballeros, sirve hoy de prisión. A los brillantes castellanos, á las dulces y buenas señoras, á las elegantes damas, han sucedido nuevos huéspedes, de rostros y costumbres muy diferentes. A nuestro paso por allí, llegaban ocho ó diez encadenados, conducidos por la jendarmería. Cerca del castillo está el colegio, antigua casa de Jesuitas, que gozaba de merecida reputación. Sobre la opuesta ribera del río, se elevan las colinas de las ermitas y de Côte-Rôtie, tan conocidas por sus vinos. A nombre de los aficionados, toda la tripulación les envió un rápido pero gracioso saludo.

Ya Valencia estaba delante de nosotros. Celosa de la admiración de los viajeros, la joven hermana de Viena parece enseñarles con orgullo su cuartel, en otro tiempo antiguo seminario, su nuevo seminario, su iglesia de San Juan, su temible ciudadela, que forman los puntos culminantes del cuadro de que ella misma hace parte. Y si se pone á referiros su historia, ¿qué de cosas no tiene que decir? «En los días de mi infancia, hija querida de los galos, sufrí en mi adolescencia la suerte de mis hermanas: me convertí en colonia romana. Más tarde incliné la cabeza, bajo el cetro á la vez pesado y ligero de los duques de Borgoña, de los valientes condes de Provenza, y de los caballerescos señores de Tolosa. En 1449, fuí ofrecida á Luis XI, y llegué á ser una nueva perla en la corona de Francia. He visto ocho veces á numerosos obispos santos, reunidos en concilio; pero hay un recuerdo que jamás se borrará de mi memoria. Hace medio si-

glo, he visto llegar prisionero al más alto personaje del universo. Era un anciano de ochenta años, tres veces venerable por su edad, por sus virtudes, por su dignidad: se llamaba Pio VI. Aun me parece descubrir, allá en la cima de mi ciudadela, la majestuosa figura de aquel pontífice, únicamente culpable del crimen de ser Papa. Le he visto sufrir, y me ha parecido más grande en la prision que sobre el trono. Le ví morir, y su muerte fué dulce como el sueño de la niñez, majestuosa como el sol que se oculta en el seno de las olas. Vosotros, transeuntes, decidme, ¿cuál ha sido el fin de sus perseguidores, y qué ha sido de su prediccion, segun la cual Pio VI debía ser el último de los Papas, y yo, sepulcro eterno del papado? 1

El *Papin*, que se habia detenido delante de Valencia para dejar y tomar pasajeros, comenzó de nuevo su rápida carrera. Hé aquí en la opuesta ribera del Ródano, sobre una saliente elevacion, una antigua torre, verdadero nido de bandidos, que han hecho temblar más de una vez á las poblaciones situadas en la vertiente de la montaña. En jeneral, todas esas crestas del Ardèche, formadas por volcanes, desnudas, desgarradas, irregulares, erizadas de antiguos castillos, son de un aspecto á la vez amenazador, triste y salvaje. Viviers, con su hermoso seminario y su catedral, que podria tomarse por un fuerte castillo, nada cambia el aspecto de este paisaje.

Estaba yo en la parte del frente del buque, con la mirada fija hácia la costa, cuando oí cerca de mí una voz conmovida que exclamaba: *¡Hé ahí mi país! ¡Hé ahí!* Volví el rostro y miré á un soldado joven, que enseñaba con ternura una lejana cima cubierta de nieve. «Lo conozco bien, de-

1 Esta misma prediccion, con un motivo semejante, y con iguales fundamentos, se hace hoy por hombres de las mismas ideas. (N. del T.)

cia él, es el monte Ventous, departamento de Vaucluse. Lo he subido muchas veces con el señor cura, cuando iba á decir la misa en la capilla que está arriba. ¡Ahí está mi madre! . . . » y con el dorso de la mano se enjugaba una gruesa lágrima el interesante joven. Repentinamente exclamaron los viajeros: ¡el puente del *Espíritu Santo!* y todas las miradas, ménos las del soldado, se dirijieron hácia el célebre monumento. Como estábamos á más de media legua, pudimos considerar á nuestro sabor el Bourg-Sain-Andeol, y las bien conservadas ruinas de un templo galo, elevado, segun se dice, á Mithras. La dominacion romana habia introducido sin duda en las Gaulas ese culto oriental.

Sin embargo, la máquina dejaba escapar su vapor; el buque habia retardado su marcha. ¿Por qué este retardo? Era preciso que el piloto encargado de nuestra embarcacion, detuviera esta para hacernos pasar el Puente del Espíritu Santo. Sin una maniobra particular, que él solo tenia costumbre de hacer, se corria riesgo de romperse contra las columnas del puente. En otro tiempo, ántes de intentar el peligroso paso, conductores y viajeros hacian solemnemente un acto de contricion. Por mi propia cuenta, seguí aquel piadoso ejemplo y me abandoné con confianza á la habilidad del piloto y á los cuidados paternales de Aquel que dá al hombre la inteligencia; pasamos, y aunque con trabajo, al ménos sin accidente. Dimos gracias á Dios y admiramos ese monumento que trae á la memoria una de las instituciones de la Edad Média.

El Puente del Espíritu Santo tiene 799 metros de longitud, sobre cerca de 5 metros de latitud. Compuesto de 23 arcos, presenta en el centro de cada columna una gran claraboya destinada á facilitar el paso del rio en las fuertes crecientes. La opinion más acreditada, atribuye

su construccion á los *hermanos Pontifes*, humildes monjes, cuyo nombre y servicios ignorados hoy, merecen el reconocimiento eterno de los amigos de la civilizacion. 1 En el siglo XII, el hermoso pais de Francia no estaba como hoy entrelazado con grandes caminos, recorridos noche y dia por innumerables carruajes; nuestros rios y riachuelos no estaban cubiertos de embarcaciones de toda especie, ó surcados por rápidos barcos de vapor; los viajes eran generalmente difíciles y poco seguros. La civilizacion material, resultado inmediato de las frecuentes comunicaciones entre ciudades y provincias, estaba estacionaria; á la religion habiase reservado la gloria de desarrollarla. La mano infatigable de los religiosos de San Benito y de Citeaux, habia labrado los incultos campos y destruido las vastas selvas que cubrian el suelo. Gracias á los hermanos Pontifes ó *fabricantes de puentes*, los rios pudieron atravesarse sin peligro. Esta útil orden debió su fundacion á San Bénézet, de quien tendré ocasion de hablar mañana.

Saliendo del Puente del Espíritu Santo, las riberas del Ródano se ensanchan al punto; se extiende la vista á derecha é izquierda sobre las vastas campiñas de Vaucluse y de Gard. El rio corre desbordándose con una rapidez siempre creciente: se diria que el hijo del San Gothard se apresura por llevar al Mediterráneo el tributo de sus aguas.

Casi al frente del Puente del Espíritu Santo, sobre la ribera izquierda del rio,

1 El siguiente pasaje de una bula de Nicolas IV, fechada en 1248, parece decisivo en favor de esta opinion. «Pastorque ipse, spiritus sancti gratia, et fidelium elemosynis fretus, pontem in loco indicato hujusmodi inchoavit.» Otros atribuyen la construccion del puente del Espíritu Santo, á los habitantes de San Saturnino del Puerto, ayudados con las limosnas de los religiosos de Cluni y excitados por el ejemplo de los hermanos Pontifes.

distinguí la aldea de Mornas y su ensangrentado pico. Si hubiéseis pasado por allí hácia fines del décimosexto siglo, hubierais podido ver en aquellos parajes á un hombre de alta estatura, de mirada feroz, de curva nariz, rostro descarnado señalado con manchas de sangre negra; que reunia á la vez la rapacidad del buitro, y la voracidad del tigre; tal era el Sylla del protestantismo, Francisco de Beaumont baron de los Adrets. Habriais podido ver, lo, despues de la toma de Mornas, tomar para sí el bárbaro placer de hacer saltar uno á uno los soldados y oficiales de la guarnicion católica, ya desde lo alto de las vecinas rocas, ya desde la plataforma de las torres á los fosos, en donde su jente los recibia sobre picas. Uno de estos desgraciados, que por dos veces emprendió su vuelo y se detuvo por otras tantas en el borde del precipicio, le gritó: *¡Adrets! ¡Cobarde! mira que has vuelto atras dos veces.* — *Yo os la doy por diez*, respondió el soldado. Tanta fuerza de alma en momento tan supremo, agradó al tirano, y obtuvo la víctima la gracia del destierro.

Experimenté no sé qué sobresalto cuando quitando la vista del teatro de tantos crímenes, saludé á la pequeña ciudad de Roquemaure, en donde se cree que Anníbal, al marchar sobre Italia, pasó el Ródano con su ejército.

A las cinco, se vieron de léjos las torres de Avignon. La antigua capital de los Cavares, sucesivamente colonia romana, conquista de los Bourguignons, de los Sarracenos, de los Francos, mandados por Carlos Martel, república en el siglo décimotercio, vendida en el décimocuarto por Juana de Nápoles al Papa Clemente VI, se hizo en la revolucion de 93, parte integrante del territorio frances.

Ya iba yo á meditar no sé qué, sobre esa perpétua movilidad de las cosas humanas, cuando llegamos al puerto. Era

de noche; nuestro primer cuidado fué encontrar un albergue, pero no era fácil. Los buques y los coches, que marchaban por allí ese día por la primera vez después del desborde del Ródano, habían inundado la ciudad de viajeros. Tocamos en varias puertas y en todas se nos contestó *No hay lugar*. Estábamos amenazados de dormir á campo raso, ni más ni menos. En tal conflicto, se decidió que nuestra pequeña caravana se dividiera inmediatamente, que cada uno de nosotros se pondría en busca por cuenta de la comunidad y que media hora después nos reuniríamos en el punto de partida. Hémos ahí á los tres en busca de un hotel, de un albergue cualquiera. Al tiempo señalado para la vuelta, llevamos Enrique y yo por el resultado cero. Francisco esperado con impaciencia, Francisco, última esperanza del Estado, no volvió. ¡Ay, no debía volver! No vayais á creer que él había hecho traición á su encargo, que contento con haber hecho sus negocios, había olvidado los del país; no, como muchos otros, solamente había ido demasiado lejos y se extravió.

Su ausencia, debo confesarlo, complicaba singularmente nuestros negocios. De agradable que hasta entonces había sido nuestra posición, se convertía en verdaderamente seria: la noche avanzaba; sin conocimientos, sin indicaciones posibles que dar ó pedir para seguir la huella de nuestro amigo. De pronto nos ocurrió un luminoso pensamiento, como tienen siempre los gobiernos civilizados, cuando es preciso arrojarse á un mal paso ó consolarse de un contratiempo. Francisco habrá vuelta al *Papin*. Con esta chispa de consuelo, impresa mucho antes en nuestra alma, nos pusimos á trabajar por nuestra cuenta. Después de largas investigaciones, llegamos á descubrir una sucia encrucijada, en la extremidad de una larga y negra galería, un, dizque hotel, en don-

de todo era provenzal de sangre pura, lo cual para los habitantes del Norte y del centro, se traduce literalmente en estos términos: pagar caro, comer aire y dormir despiertos. Fué preciso pasarla allí.

A las cinco de la mañana dejamos el hotel, y por el camino más corto nos encaminamos al buque. Grande fué nuestro contento al hallar allí al extraviado, miembro de nuestro pequeño Estado. Nos refirió que después de haber andado largo tiempo, había perdido el camino del punto de la cita; que desesperado de encontrarle había comido bien y había venido á pedir hospitalidad en el *Papin*. En este momento el capitán vino á anunciar que la niebla no permitía levar anclas y que se retardaba la partida algunas horas. Este contratiempo nos permitió echar una mirada sobre Avignon; comenzamos por el Palacio de los Papas.

Esa importante masa sentada sobre una elevada roca que domina el Ródano, está rodeada de cuatro torres cuadradas de una altura y dimensión gigantescas. Mientras que el arqueólogo contempla allí con transporte el sabio genio, serio y á veces sombrío de la Edad Média, ella aparece al cristiano como una imagen de la Iglesia, que edificada sobre una roca, ve correr el río de los siglos, cuyas olas chocan en vano contra sus eternos cimientos. Una de las torres es tristemente célebre en nuestros fastos revolucionarios. Allí, en la nevera que está en su base, el feroz Camilo Jourdan, á quien llamaban *Corta-cabezas*, precipitó á multitud de víctimas culpables de nobleza, de riquezas y de virtudes. Para dar descanso al alma fatigada con tal recuerdo, está muy á propósito la graciosa iglesia de Nuestra Señora de los Doños, situada en las carcanías. En este anti-guosantuario, tan querido para los de Avignon, la piedad reconocida ha prodigado en honor de la augusta Virgen, las her-

mosas esculturas, los preciosos mármoles. La sacristía ofrece á los amantes del arte, la tumba gótica de Juan XXII, pontífice tan conocido por su devoción á María; pero pocos se acuerdan de los dos célebres concilios cuya historia ocupa largas columnas en la historia religiosa y política de la Edad Média. En el primero, habido en 1209, fué solemnemente destituido el emperador Othon IV; el segundo, celebrado en 1327, excomulgó al antipapa Pedro de Corbara. Gracias á la condescendencia de las excelentes religiosas de San José, nos fué permitido admirar en el hospital el famoso Cristo de marfil, el más grande y acaso el más hermoso que se conoce.

Volviendo á tomar el muelle del Ródano, estuvimos bien pronto sobre el puente de San Bénézet, á donde nos llamaba una maravillosa leyenda. Un día, no sé cual, del año de 1176 se vió bajar de las montañas en donde cuidaba las ovejas de su madre, á un pequeño pastor de doce años de edad. Conmovido por los peligros que había visto correr á los pobres viajeros al pasar el Ródano, venia á Avignon, llamándose inspirado de Dios, para construir un puente sobre este río. Entra á la iglesia, participa su misión al obispo, se le trata de visionario y le exhortan á que vuelva á cuidar de su rebaño. A las burlas, suceden las amenazas, pero nada le arredra. Propone una prueba; se acepta. A vista de la ciudad toda, el adolescente coloca sobre sus espaldas una enorme piedra que treinta hombres tratan en vano de levantar. Convirtiose el desprecio en admiración, y se decide la construcción del puente en medio de unánimes aplausos. Cada uno contribuyó con su dinero y su trabajo á la construcción del monumento, cuya dirección se encomendó á Bénézet. Comenzado en 1177, se acabó en 1192. Su solidez, sus diez y ocho arcos, sus trescientos cuarenta piés de lon-

gitud, lo colocaron con justo título entre las maravillas de la Edad Média, edad por otra parte poderosa y maravillosa en monumentos de arquitectura. Antes de haber puesto la última mano en su obra, pero después de haber vencido todas las dificultades, murió Bénézet, tan respetado por sus virtudes como célebre por sus milagros. Penetrada de veneración y reconocimiento, mandó edificar la ciudad, sobre la décima tercera pilastra, una elegante capilla en donde fueron depositadas las reliquias del santo, la cual subsiste todavía. En 1669, habiéndose caído una gran parte del puente, fueron trasladadas solemnemente á la iglesia de los Celestinos. Los diferentes barrios de la ciudad que en seguida recorrimos, nada nos ofrecieron de nuevo que no se encuentre en otras ciudades; vimos sin pena disiparse la niebla y apresurarse el momento de la partida. Después de veinte minutos de difíciles y peligrosas maniobras, se consiguió pasar entre los estrechos ojos del puente. El *Papin* se deslizaba rápidamente sobre las hermosas aguas del Ródano, que semejante á un vasto espejo, reflejaban hacia nosotros los primeros rayos del sol provenzal. Bien pronto se extendió delante de nosotros la inmensa llanura en que tiene lugar la feria de Beaucaire; sobre ella se elevaba la formidable torre que domina la ciudad; en fin, Beaucaire nos enseñó su joven y móvil figura con el soberbio puente que lo une á su hermana mayor, la antigua ciudad de Tarascon.

En el ribazo del puente nos esperaba una nube de hombres extraños. Si su casaca de terciopelo castaño, su gran sombrero fieltro gris, cuya ala posterior bajaba hasta la mitad de la espalda, su cinturón de varios colores, su ancho pantalón de color incierto, no nos dieran á conocer que estábamos en país civilizado; los jestos animados, los negros rostros, el in-